

La idea de que todo nacionalismo es autoritario, belicista y reaccionario es muy propia de la Argentina. Las ideas de carácter universal sobre la humanidad son muy antiguas. La idea de que los seres humanos no se dividen entre quienes pertenecen a nuestra nación y los potenciales enemigos de las naciones vecinas, sino más bien entre explotados y explotadores, ha tenido un capítulo célebre en el siglo XIX cuando Marx lanzó el grito, que aún retumba, "¡proletarios del mundo: únense!". Posteriormente existió una tradición, ajena a la vida política real, para la cual las cuestiones nacionales eran simples distorsiones de las verdades científicas. El siglo XX comenzó con una guerra mundial donde cada partido socialista apoyaba a su país contra los otros —lo que revela una de las aristas más desafortunadas del nacionalismo—, pero más tarde se produjeron las luchas nacionalistas que, entre sus logros, permitieron las independencias en Asia y África. Nadie creería que Gandhi fue autoritario, belicista o reaccionario. Pero Gandhi lideró un movimiento nacionalista y eso resulta difícil de comprender para quienes creen que jamás podría haber reclamos democráticos y modos de acción pacíficos en el marco del nacionalismo.

La idea de que todo nacionalismo es autoritario, belicista y reaccionario es muy propia de la Argentina. Las ideas de carácter universal sobre la humanidad son muy antiguas. La idea de que los seres humanos no se dividen entre quienes pertenecen a nuestra nación y los potenciales enemigos de las naciones vecinas, sino más bien entre explotados y explotadores, ha tenido un capítulo célebre en el siglo XIX cuando Marx lanzó el grito, que aún retumba, "¡proletarios del mundo: únense!". Posteriormente existió una tradición, ajena a la vida política real, para la cual las cuestiones nacionales eran simples distorsiones de las verdades científicas. El siglo XX comenzó con una guerra mundial donde cada partido socialista apoyaba a su país contra los otros —lo que revela una de las aristas más desafortunadas del nacionalismo—, pero más tarde se produjeron las luchas nacionalistas que, entre sus logros, permitieron las independencias en Asia y África. Nadie creería que Gandhi fue autoritario, belicista o reaccionario. Pero Gandhi lideró un movimiento nacionalista y eso resulta difícil de comprender para quienes creen que jamás podría haber reclamos democráticos y modos de acción pacíficos en el marco del nacionalismo.

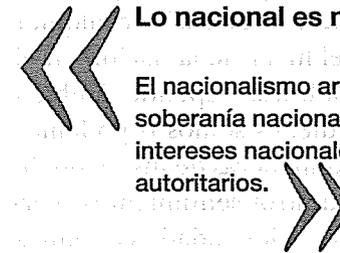
¿Por qué en la Argentina suena extraño pensar a Gandhi como un líder nacionalista? Sucede que la dictadura militar de 1976 tuvo diversos éxitos, entre los cuales el menos analizado y debatido es la apropiación militar de los significados de la nación. En efecto, la dictadura logró destruir físicamente a una generación, instalar durante mucho tiempo el miedo a "meterse", destruir cuestiones básicas de la estructura económica y social. Pero además lo hizo en nombre de la nación, del nacionalismo, luchando contra la "subversión", el peligro ruso, el comunismo internacional. Y el proceso de resignificación del concepto de nación encontró sus dos puntos culminantes en el Mundial de Fútbol de 1978 y la guerra de Malvinas.

El Mundial fue su punto más alto. A pocas cuerdas del estadio de River Plate, algunos secuestrados y torturados pudieron ver la final junto a sus captores, según describen Eduardo Anguila y Martín Caparrós en *La Voluntad*. Y aunque esa escena concreta no hubiese ocurrido, fue exactamente eso lo que sucedió en el país. La foto de Videla y Massera en la que se los ve con una alegría desbordante por la primera copa que lograba la Argentina fue un cachetazo y una interpelación incluso para aquellos que, aunque éramos muy pequeños, percibimos claramente aquel entusiasmo. Así, el nacionalismo deportivo quedó asociado a la dictadura que, en los hechos históricos de 1978, logró resolver cualquier ambivalencia que pudieran tener distintos sectores de la sociedad. El triunfo se celebra, aunque los cantitos de la hinchada tornen inaudibles los gritos de los torturados.

Para los dictadores, la guerra de 1982 fue creer que tocaban el cielo con las manos para luego estrellarse contra las profundidades de la humillación, el repudio, la condena moral, y finalmente la justicia. Pero la guerra también marcó el imaginario nacional sobre la nación, y eso ha sido escasamente analizado. Esa división entre nación y democracia marcó profundamente la cultura y la política argentina y constituyó parte importante de la base que permitiría generar toda una mitología, muy argentina, acerca de la nación y el nacionalismo.

Lo nacional es nazional

El nacionalismo argentino es nazi. Quienes apelan a la soberanía nacional esconden un proyecto totalitario. Los intereses nacionales son un invento de los demagogos y los autoritarios.



El nacionalismo y lo nacional generalmente son considerados fenómenos antiguos. De acuerdo con la versión más frecuente, es porque ya no existen. Una segunda versión propone que lo nacional es un "atraso" o un "retorno". Además de ser anticuados, son algo negativo ya que, en términos ideológicos, son excluyentes, autoritarios, totalitarios, homogeneizantes. Como suelen decir algunos sectores de la clase media progresista en la Argentina: "nación se escribe con zeta".

La idea de que todo nacionalismo es expansionista, homogeneizante y autoritario parte en realidad de una generalización de las peculiaridades de algunos fenómenos nacionalistas, en particular las que caracterizan a los países más poderosos del planeta. Esa matriz, nada original, de extrapolar al mundo entero categorías pensadas para Europa o los Estados Unidos se actualiza vigorosamente cada vez que amplios sectores de la intelectualidad argentina y latinoamericana identifican lo nacional con la ideología de los sectores dominantes, cuando no directamente con las dictaduras militares. El sentido de esta identificación que escribe lo nacional "con zeta" es la consecuencia de un proceso histórico específico.

Es muy característico del espíritu civilizatorio y moderno considerar que, para tomar las mejores decisiones económicas (renegociar o no la deuda, controlar en mayor o en menor medida a las empre-

sas privatizadas), lo que hace falta es un análisis racional que sopesa pros y contras, sin atender a retóricas, sentimientos o entusiasmos. La idea subyacente es que una política de la pura razón, una política "científica", sería posible o deseable. El primer problema es que la pregunta acerca de si conviene pagar, enfrentar, acordar, rescindir, expropiar o lo que fuera implica una pregunta acerca de qué beneficia a la mayoría del país, es decir, al país en su conjunto. Y la respuesta cambia de acuerdo con el tipo de país que se imagine: un enclave europeo en América Latina, la pretendida potencia primermundista, el "país normal", la "patria socialista" o cualquier otro. Son diferentes formas de imaginar el lugar de la nación en el mundo. O sea que la pertinencia de las políticas depende también de la imagen que tengamos acerca de quiénes somos o podemos ser. Incluso en este mundo globalizado, las maneras de inserción de nuestro país tienen mucho que ver con nuestros sentimientos acerca de quiénes somos. O sea, no existe una racionalidad económica que pueda considerarse exitosa si no se tienen en cuenta la imaginación y los sentimientos de pertenencia.

En las vidas políticas hasta ahora conocidas hay razón y pasión, hay cálculos de intereses y hay cuestiones vinculadas al respeto y la dignidad. Para la sociedad no es lo mismo que sus representantes acepten ser una "joya de la corona británica" o estar "carnalmente vinculados" a imperios, que el abierto rechazo a las imposiciones externas. La sensación de que el propio país es humillado por otros o por sus representantes puede ser vivida como una humillación personal.

Esto no es una particularidad de la Argentina. Es en nombre de "su cultura" que los franceses limitan la invasión de productos estadounidenses, es en función de sus supuestos intereses nacionales que los funcionarios españoles defienden a empresas que no pertenecen al "pueblo español" y los brasileños arman alianzas estratégicas con la India y con China. En nombre de la nación se ha hecho la Revolución Francesa pero también el Holocausto, se han defendido democracias, se han independizado países y también se han impuesto dictaduras. Esta ambigüedad de lo nacional puede resultar irritante, pero sucede algo similar con otras referencias colectivas como la clase, la etnia, las ideologías políticas. Ningún socialista podría defender todo lo que se ha hecho en nombre del socialismo. No hay modos políticos de identificación sin usos sociales diversos y divergentes.

Ahora, si el Estado (argentino o cualquier otro) desarrolla un plan estratégico de uso de sus recursos naturales en función de un proyecto de desarrollo económico y social, ¿cuál sería el problema de denominar nacional a ese proyecto? En otras palabras, la nación no puede seguir siendo entendida como un concepto antiguo. Tampoco puede pensarse como un estallido emocional irracional.

Si en nombre de la nación se han llevado a cabo atrocidades, razonan algunos, es conveniente renunciar a esa noción política. Si este razonamiento fuera riguroso con cada identificación política existente, concluiría en que todas deben ser abandonadas. Las dos opciones consiguientes son absurdas: hacer política con categorías creadas por ingenieros en identidad o, si no, hacer política sin identidades. La primera opción ha fracasado innumerables veces, porque los modos de identificación surgen de procesos sociales e históricos y no se fabrican en laboratorios. La segunda es completamente irreal. Las identificaciones son constitutivas de la vida social y política. La racionalidad, los valores y los sentimientos son constitutivos de todo conflicto político y cultural.

El resurgimiento de la temática y las referencias nacionales que se produjo en los últimos años en la Argentina me parece positivo en general. Desde ya que muchos de los *best sellers* sobre "los argentinos" pueden provocarnos risa e irritación por su simplificación o por su falsedad. Sin embargo, es importante señalar que desde fines de los años noventa, en situaciones de exclusión extrema, una parte significativa de la movilización social y ciudadana apeló reiteradamente a "lo nacional". Si pensamos en la Carpa Blanca de los maestros, en los trabajadores de empresas privatizadas al borde de la quiebra (por ejemplo, Aerolíneas Argentinas), en las organizaciones de desocupados, podremos constatar dos cosas: reclamaron en tanto argentinos (de allí surgía su derecho) y en sus reclamos apelaron a la Argentina. Una nación con educación pública, con control soberano de los recursos, con integración social y pleno empleo: las referencias a aspectos cruciales del imaginario nacional fueron centrales en sus luchas. En acciones cívicas como estas se inició un trabajo social sobre el sentido de la nación. Un trabajo que buscó imprimir un sentido de lo nacional vinculado a la ciudadanía y a los derechos.

¿Cómo conceptualizar los sentimientos de rechazo que pueden generar las escenas y políticas de completa sumisión de un

gobierno argentino al exterior? ¿Es eso un exótico y autoritario nacionalismo? ¿O ese sentimiento nacional responde a una imaginación que postula una sociedad menos desigual, menos injusta, más democrática?

Nada hay de irracional en apelar a la idea de nación para denunciar a un gobierno que no defiende el patrimonio público. Tampoco hay irracionalidad en que la mayoría de los ciudadanos deseen que los rumbos del país se definan democráticamente, sin imposiciones del exterior. En estos casos (al contrario que en muchos otros), democracia y nación se articulan, no son mutuamente excluyentes. Surgen entonces dos riesgos: como se trata de sentidos inestables, esa articulación podría utilizarse en cualquiera de las direcciones criticables de lo nacional. También podría suceder que no se reconociera que esa articulación existe y puede potenciarse, y que a través de la burla y la ridiculización los argentinos no escapen de una característica bastante común y comparativamente excepcional: la autodenigración.

Separar nación y nacionalismo, como se separa lo bueno de lo malo, lo indefinido de lo definido, no resulta la mejor alternativa. Imaginemos que los ciudadanos de cualquier país tienen plena soberanía para elegir a sus gobernantes y decidir democráticamente sus opciones políticas. Si más allá de sus divergencias pudieran convivir y construir una comunidad sociopolítica, ¿no tendrían un sentimiento de indignación si un gobierno extranjero o un organismo multilateral pretendiera modificar la voluntad mayoritaria a través de imposiciones y chantajes? Si las presiones continuaran hasta el extremo de exigir que ese país otorgara a otros la explotación de sus recursos naturales, ¿esa indignación no podría acaso convertirse en un gran movimiento social? No hay dudas de que ese movimiento sería considerado "nacionalista", en el mal sentido, por el gobierno extranjero u organismo que viera en riesgo los beneficios que hasta entonces tenía.

Si nos tomamos en serio el principio de soberanía popular como fundamento de la democracia, es decir, la idea de que el pueblo a través de su voto decide su propio destino, es necesario asumir que la democracia puede requerir (y en un país periférico requiere) una cuota de nacionalismo. Pero esto no sólo no resuelve, sino que inaugura el problema. Porque el nacionalismo puede adquirir (como ya dije) contenidos y tendencias diversas, algunas de las cuales (como

ya lo hemos sufrido décadas atrás) pueden entrar en tensión y hasta en oposición con la democracia.

Ahora bien, la solución no es apostar a difuminar los sentimientos nacionales o, incluso, generar estereotipos ridiculizantes de los argentinos o burlarse de los sentimientos de pertenencia. Por el contrario, es necesario asumir que la identificación del nacionalismo con el militarismo y el autoritarismo es el producto del modo en que se tramitan las disputas políticas en la Argentina y, especialmente, es uno de los éxitos menos analizados de la última dictadura militar. En efecto, como dice Marina Franco, su discurso patriótico acompañó el terrorismo de Estado, el Mundial del 78, la guerra de Malvinas, y la destrucción de la educación y las empresas públicas. Cuestionar ese éxito no es vivir en el mito de que lo nacional es autoritario, sino mostrar en los hechos que la soberanía nacional es una condición necesaria, aunque no suficiente, de la democracia. Y que la democracia es a su vez una condición necesaria para una soberanía bien entendida, esto es, la soberanía del pueblo.



Somos ciudadanos del mundo; debemos superar el parroquial amor por lo local

En el mundo global debemos ser cosmopolitas, entregarnos al cine, la música y la literatura que ganan premios internacionales. Tener interés en la producción artística y cultural argentina es cosa de retrógrados.



Hay una tensión irresuelta en la maravillosa creencia de que todos los seres humanos somos iguales y que nuestra preocupación debe priorizar el destino de la humanidad, más allá de las divisiones artificiales. El universalismo abstracto ha producido estragos en algunos sectores de la cultura argentina. Hay una preocupación más que legítima por que los sentimientos locales o nacionales no nos lleven a una visión localista, ciega a los dilemas del mundo, de otras regiones o países. Pero entre comprendernos como parte de procesos que trascienden en mucho a nuestro país y el desarraigo intelectual y político hay un abismo.

Una parte de nuestra producción intelectual cae habitualmente en ese abismo porque no comprende algo sencillo: un fuerte sentimiento de pertenencia no implica en absoluto soberbia ni discriminación. Por la misma razón, es absurdo (pero muy frecuente en la Argentina) creer que para ser menos pedantes o estigmatizadores necesitamos desprendernos de cualquier sentimiento nacional importante. Esos tres problemas (la identidad, el desprecio al otro y la soberbia) pueden o no estar relacionados. De hecho, en la Argentina puede encontrarse una fuerte perorata vanidosa y pretenciosa que se burla de los sentimientos nacionales. Y el orgullo que siente quien se ríe a carcajadas de la Argentina es, en realidad, muy argentino. Demasiado, podríamos decir.

Al contrario de todas estas creencias, muy propias de estas tierras, no es posible acceder a alguna versión de lo universal, de lo que atañe a la humanidad en su conjunto, a partir del desapego, de la negación de la sociedad en que nacimos. Lo universal está encarnado en la sociedad y las personas con las que convivimos. Cuanto más aprendamos de lo local, más podremos aprender de lo global.

Cuando se produce una catástrofe, un terremoto, un atentado terrorista, un tsunami, los periódicos de cada país informan la cantidad de víctimas del desastre y la cantidad de muertos del propio país. ¿Cuántos argentinos murieron en las Torres Gemelas; en el tsunami japonés, en el terremoto chileno o el haitiano? ¿Acaso si hay mil o diez mil muertos y ninguno es argentino respiramos aliviados? Por supuesto que un sentimiento humanitario nos indica que los muertos pesan más allá de cualquier nacionalidad. Igual que los desocupados o las víctimas de cualquier desastre. Sin embargo, en los hechos será difícil que honestamente a alguien le dé igual que una crisis, un desastre o cualquier evento calamitoso suceda en su país o en un país remoto, del mismo modo que tampoco le resultará indistinto que suceda en su ciudad, en su barrio, en su familia, en su casa o en la de sus vecinos. ¿Es acaso el ser humano un animal bestial, brutal y egoísta porque sólo excepcionalmente está dispuesto a dar la vida por la humanidad toda?

Más bien, lo extraño de la Argentina es que exista una corriente de pensamiento que confunde el amor con la justicia. Que uno quiera más a sus hijos que a los amigos de sus hijos no significa que considere correcto que su hijo tenga privilegios en la vida a costa de perjudicar a otros. Que uno quiera a su país no significa que defienda ideas de expansión territorial o que confunda guerras co-

merciales o financieras con el interés nacional. Es una línea delgada que puede quebrarse por una adhesión nacionalista a los intereses de unos pocos o bien por un desamor igualmente cargado de alienación. Como siempre, en la Argentina las líneas delgadas son cuerdas flojas que muy pocos aceptan recorrer. No emprender ese camino es condenarse a caer en uno de los dos abismos. En cambio, desmitificar es, claramente, ensanchar ese camino que no confunde la pertenencia con la soberbia, el interés cultural o el reclamo de derechos con una posición belicista.



En el mundo global, las naciones están en proceso de desaparición

Las identidades nacionales y las formas de organización social a través de naciones son un fenómeno perimido. Ni qué hablar de los nacionalismos.



En América Latina, ni la nación ni los nacionalismos precedieron históricamente a los Estados. El "principio de las nacionalidades" es muy posterior a los procesos independentistas. La distribución de territorios estatales se sustentó básicamente en las distribuciones administrativas coloniales y las disputas de poder entre ciudades con sus zonas de influencia, y no en alguna forma de identidad comunitaria. En ese sentido, la nación, como modo de imaginación de pertenencia a una comunidad, es consecuencia del Estado, de sus dispositivos, de sus políticas de ciudadanía y políticas culturales. De sus arduos trabajos de nacionalización.

Como la nación es producto del Estado y el Estado neoliberal no produce nación, podría suponerse que allí donde reinan las políticas de ajuste y exclusión la nación se encuentra en proceso de desaparición. Sin embargo, esto no se constata, al menos por dos motivos. Primero, hasta ahora no ha surgido ningún otro interlocutor equivalente que tenga legitimidad para definir políticas de ciudadanía. Los movimientos sociales pueden protestar contra los organismos transnacionales, pero esos organismos no tienen soberanía jurídica para ejecutar políticas específicas en los países. Los reclamos de los

movimientos sociales se dirigen básicamente a que el Estado asuma determinada posición frente a esos organismos o instituciones. Por ejemplo, en la Argentina no existen movilizaciones sociales que hagan solicitudes al FMI, a la ONU o al Mercosur. Si hay, en cambio, reclamos para que el Estado argentino asuma tal o cual posición ante el FMI, la ONU, el ALCA o los socios del Mercosur.

El segundo motivo es que en algunos de esos procesos la identificación nacional ha cumplido un papel relevante en la articulación de demandas hacia el Estado. Frente a situaciones de creciente exclusión, la pertenencia nacional puede convertirse a veces (junto con los motivos humanitarios) en un poderoso argumento a favor de un derecho que asiste a una persona o un grupo. Fue con banderas argentinas que los maestros realizaron reclamos gremiales en los años noventa y fue con símbolos nacionales que lucharon los trabajadores de una empresa aérea que había adquirido el Estado español y que se llama Aerolíneas Argentinas. Con los mismos símbolos se movilizaron los piqueteros, a veces también los assembleístas y otros movimientos de protesta. En ciertas coyunturas, menos Estado (de bienestar) puede implicar más nación. Y en un sentido amplio del término, como sentimiento colectivo de pertenencia, también puede implicar más nacionalismo.

La idea de que la globalización tornaría a las naciones y los Estados menos relevantes se ha dado de bruces con la geopolítica internacional. Los Estados fueron debilitados por una política específica, no por un destino histórico. La pasión nacionalista estadounidense no atiende razones hasta ahora. La pasión nacionalista británica, que los mantiene a distancia de Europa y les impide acatar las resoluciones de las Naciones Unidas sobre Malvinas, parece reforzarse antes que disminuir. En la Unión Europea, donde más había progresado la integración regional, los sentimientos de pertenencia nacionales son más relevantes que cualquier referencia a la europeidad.

En América Latina tampoco se han desdibujado los sentimientos nacionales. Por ejemplo, cuando aparecen proyectos de extraer masivamente gas de Bolivia sin que haya beneficios para la sociedad, ¿sobre la base de qué sentimiento pueden rebelarse los ciudadanos? ¿Es nacionalismo la movilización social para evitar que suceda allí algo como lo que sucedió con el petróleo en la Argentina? ¿Acaso algún actor que no sea el Estado podría imponer condiciones favorables para las mayorías sociales?

Por todo esto, la creencia bastante extendida de que en el siglo XXI los nacionalismos tienen como principal escenario el fútbol son equivocadas. Meras simplificaciones. Si no se comprende el papel de los nacionalismos y sus diferentes significados, no se comprenderá nada de la geopolítica internacional.